

espinas ya la esperan : mientras está viva, espinas la coronan : cuando muere, sobre espinas deja caer sus hojas. ¿Sabrías vosotros decirme por qué Dios la ha formado así? Yo creo que la ha formado así en beneficio de ella misma. Es ella de una materia tan delicada, de una organizacion tan exquisita y primorosa, que estaria expuesta á mil encuentros, si no fuesen las espinas que la guardan y la defienden. Héos aquí una imágen la mas propia de la castidad. Hermosa como es, necesita de estar entre espinas : y es imposible que guarde mucho tiempo su candor en una persona si no está defendida por las espinas del recato, del retiro y de la mortificacion.

Entended bien esto los que os entregais á las ocasiones peligrosas, exponiendo vuestra pureza á los riesgos mas evidentes. La castidad no puede conservarse sino con mucha vigilancia y á fuerza de precauciones. Si tú, doncellita, no te retiras de aquellos tratos y amoríos ; si tú, jovencito, no te separas de aquellas salas de diversion ; si tú, cristiano, no dejas aquellas compañías y amistades, no quiero echarla de profeta, pero desde ahora os aseguro que vuestra castidad toca á las últimas agonías, y que podeis contarla tan muerta como todos los muertos. Dios proteja vuestra castidad, como protegió la del casto José, la de la desposada Susana y la de la viuda Judit. Amen.

PLÁTICA XII.

NACIMIENTO DE JESUCRISTO.—EL PECADO IMPURO.

Ecce virgo concipiet, et pariet
filium. (*Isai. vii, 14*).

Habiéndonos dicho el tercer artículo del Símbolo, que Jesucristo fue concebido por obra del Espíritu Santo, con un orden muy natural pasa á asegurarnos que nació de María vírgen : *Natus ex Maria virgine.*

El gran misterio de la encarnacion encerrado desde la eternidad en el secreto consejo de Dios, efectuado despues ocultamente en el seno virginal de María, vino al fin á hacerse visible y manifiesto al mundo ; pues pasado el período regular de nueve meses, Jesucristo nació de María vírgen, conforme nos dice el Símbolo. Este nacimiento divino se verificó el año cuatro mil de la creacion del mundo, en la noche del veinte y cinco de diciembre, en una pequeña ciudad de Judea llamada Belen.

Lo primero que aquí conviene saber es, que María es verdadera madre de Jesucristo, no solo en cuanto es hombre, sino tambien en cuanto es Dios encarnado ó vestido de carne humana. Bien parece extraño que María sea madre de aquella Persona divina que fue engendrada del eterno Padre y no de ella ; pero á mas de que esta es una verdad de fe definida contra Nestorio en el concilio general de Éfeso, se hace algun tanto manifiesta por otros ejemplos que tenemos á la vis-

ta. ¿Las demás madres no son verdaderas madres de los hijos que dan á luz? Sin duda. ¿Y el alma racional, que es la principal parte del hijo, la engendran ellas? No, sino que Dios la cria. Luego si ellas son madres verdaderas no solo del cuerpo que engendran, sino tambien de la persona del hijo que consta de cuerpo y alma, ¿por qué María no podrá ser madre verdadera de aquella Persona divina que concibió y dió á luz, aunque no la haya engendrado? No sé, hijos míos, si vuestro entendimiento llega á entender lo que voy explicando; si no lo comprendéis, contentaos con saber y confesar que María es madre de Dios, y esto os será suficiente.

Lo que conviene entendais bien es, que María por ser madre de Dios no dejó de ser vírgen. Esto sí que conviene lo entendais bien; porque no faltan hombres impíos y sin pudor que vendrán á deciros, ser cosa imposible que una mujer sea juntamente vírgen y madre. Que siguiendo el órden natural una madre no puede ser vírgen, es cosa que ya sabemos, y no necesitamos de que vengan á enseñárnosla los impíos; pero aquí se trata de un prodigio, y prodigio tan grande que los siglos pasados no vieron otro igual, ni los venideros verán otro semejante. Que nos digan esos mentecatos: ¿no pudo Dios formar á Adán de una tierra vírgen sin concurso de hombre? ¿No pudo formar á Eva de una costilla de Adán sin que mediase generacion? ¿Por cuál razon, pues, no pudo Jesucristo nacer de una madre vírgen? ¿Por la razon de que así lo dice la impiedad? ¡Razon concluyente!...

Nosotros, hijos míos, confesemos con la Iglesia, que María fue vírgen purísima antes del parto, en el parto, y despues del parto. *Antes del parto*; porque concibió á Jesucristo sin concurso de criatura alguna y por sola obra del Espíritu

Santo, conforme lo habia predicho Isaías: *Ecce virgo concipiet. En el parto*; porque Jesucristo salió de sus castísimas entrañas sin daño alguno de su integridad, conforme al mismo oráculo de Isaías: *Ecce virgo concipiet, et pariet. Despues del parto*; porque segun la constante tradicion de la Iglesia, María se conservó perpétuamente vírgen hasta la muerte.

De la doctrina hasta aquí expuesta infiérese naturalmente un punto de la mas importante moralidad. Si en el nacimiento de Jesucristo todo fue casto, todo puro, todo inmaculado; si Jesucristo prefirió trastornar las leyes de la naturaleza antes que nacer de una madre contaminada, bien se deja ver cuán abominable debe ser el vicio de la deshonestidad. Ya sé que el mundo lo piensa de otro modo, y que sobre este punto corren hoy las máximas mas malignas ó infernales; pero con el Evangelio en la mano voy á confundir á los apologistas de la impureza, haciéndoos ver toda la fealdad de este asqueroso vicio.

Aunque el apóstol san Pablo nos advierte que la deshonestidad ni siquiera debe nombrarse entre nosotros; con todo me es forzoso hablaros de ella alguna vez, para que conozcais la malicia de un pecado que, al decir de algunos Santos, precipita él solo mas almas al infierno, que todos los demás vicios juntos.

Entre las personas mundanas y perdidas corre generalmente esta infernal doctrina, que la deshonestidad es un mal de poca consideracion, una flaqueza tolerable, y aun una cosa natural que no puede imputarse á culpa. Así te lo enseñó, ó cristiano, aquel librito que te dió á leer el amigo para que te *despreocuparas*. Así te lo aseguró, ó doncellita, aquel infame

tentador, viendo que te resistias á cometer este pecado. Así te lo juró, ó jóven, aquel mal compañero, viendo el horror que te causaba un tal delito. ¡Qué! decian, ¿esto te hace temor? Esto no es pecado alguno : por esto nadie va al infierno : si por esto Dios quisiese condenar á los hombres, bien pudiera cerrar el cielo y estarse solo en él.

Pero yo pregunto : ¿el que una cosa sea pecado ó no, depende acaso de lo que dicen hombres discolos y libertinos? ¿depende por ventura de lo que enseñan librotos asquerosos é inmorales? ¡Ah! Si así fuese, bien pudiéramos borrar de una plumada todo el Decálogo. No, hijos míos, no es de esos hombres perdidos ni de esos libros impíos de quienes debéis tomar las reglas para saber si la deshonestidad es pecado ; sino de la singular aversion que Dios le tiene, y de los términos de rigor con que su santa ley la prohíbe.

¿Hay pecado mas detestado de Dios que el de impureza? Subid á los tiempos de Noé, y oiréis que el Señor herido de dolor en lo mas íntimo del corazón dice, que se arrepiente de haber criado al hombre, y que va á exterminarlo de la tierra : *Tactus dolore cordis intrinsecus, delebo, inquit, hominem quem creavi à facie terræ ; pœnitent enim me fecisse eos.* ¿Qué es lo que así amarga el corazón de Dios? ¿qué es lo que así le provoca á enojo é indignacion?... ¿Es el pecado de Adán? No. ¿Es el fratricidio de Cain? No. ¿Es la idolatría extendida por todas partes? No. ¿Pues?... Es el pecado impuro al que los hombres se habian entregado sin pudor y sin freno : *Omnis quippe caro corruperat viam suam.* ¿Comenzais á ver lo que es la impureza?

Vosotros la considerais como una flaqueza digna de perdón ; pero Dios la considera como una maldad digna del mayor castigo. No hay pecado alguno que Dios haya perdonado

menos que este, ni que lo haya castigado con mas rigor. El diluvio universal que destruyó todo el linaje humano á excepcion de ocho personas, ¿en pena de qué pecado fue? En pena de la impureza. Y el fuego que cayó sobre las cinco ciudades de Pentápolis reduciéndolas á cenizas con todos sus moradores, ¿en castigo de qué pecado fue? En castigo de la impureza. ¿Por qué motivo fueron sacrificados en el desierto veinte y cuatro mil israelitas, la tribu de Benjamin exterminada, el reino de David diezmado con peste, Onán muerto de repente? Por motivo de la impureza. En vista de estos castigos, y de otros que omito por la brevedad, ¿habrá todavía quien califique la impureza de pecado insignificante, de pecado que Dios fácilmente compadece y perdona? ¿Se deberá oír de la boca de ciertos cristianos aquella desatinada proposicion, que si Dios por tales cosas quisiese excluirnos del cielo, pudiera cerrar sus puertas y quedarse en él solo?

Reflexionad, hijos míos, sobre el rigor con que la ley del Señor prohíbe este pecado. Otros pecados de su naturaleza mortales pueden ser veniales por parvedad de materia, como un hurto, una murmuracion, una calumnia en materias leves ; pero no es así en la deshonestidad. La ley de Dios no reconoce en ella poquedad de materia ; sino que declara por delito grave cualquiera transgresion, aun la mas mínima. Podrá haber aquí pecado venial por defecto de conocimiento ó advertencia ; pero por respecto á la materia no hay cosa que sea leve, nada que sea venial ; todo es siempre pecado mortal gravísimo, y todo está sujeto á eterna condenacion. Y así son pecados graves, escuchadlo bien, son pecados graves no solo los actos externos consumados, como los tocamientos ; sino hasta las miradas impúdicas, hasta las conversaciones

deshonestas, hasta los gestos significativos, hasta los deseos, hasta los pensamientos.

Y no creais que esta doctrina sea de algun teólogo escrupuloso ó rigorista, no : es doctrina de san Pablo, quien indistintamente declara excluidos del cielo á cuantos son culpables de impureza en cualquier modo que sea : *Scitote, quòd omnis fornicator aut immundus non habet hæreditatem in regno Dei.*

Que vengan ahora los libertinos á decirnos que la deshonestidad es una friolera, un pecado frívolo. Lenguas de demonios, ¿cuándo callaréis?... Si vosotros quereis ser lascivos, sedlo en hora mala ; pero dejas de buscar defensas á vuestras abominaciones ; dejas de propalar doctrinas que vosotros mismos no creeis. Si creeis que las impurezas son pecados de nada, ¿cómo es que teneis tanta vergüenza de decir las en la confesion ? ¿cómo es que antes que decir las, preferís hacer mil confesiones malas, mil comuniones sacrílegas ? Me atrevo á deciros, que si la confesion os causa tanto horror, es por los pecados de impureza mas que por ninguna otra cosa.

Yo, hijos míos, observo en este pecado una particularidad que no noto en ningun otro, y es que sin salir de su especie es incomparablemente mas fecundo que otro alguno. Me explicaré. Otros pecados ó son de entendimiento como la herejía, ó de corazon como el odio, ó de gula como la intemperancia ; pero la deshonestidad se enseñorea de todo el hombre, le infecciona de cabeza á piés, de dentro y de fuera, y es como un pecado universal que le contamina cuantas potencias y sentidos tiene. Le contamina el entendimiento con pensamientos los mas torpes, le contamina la imaginacion con imágenes las mas súcias, le contamina la memoria con recuer-

dos los mas brutales, le contamina la voluntad con deseos los mas abominables. Si pasamos del interior al exterior, le contamina los ojos con miradas impurísimas, le contamina la lengua con expresiones obscenas, le contamina el oido haciéndole ávido de discursos, cuentos y chuladas deshonestas.

Para un impuro no hay diferencia de tiempos ni de circunstancias, á toda hora, en todo lugar, de dia igualmente que de noche, tanto en compañía como en soledad, en las iglesias lo mismo que en las calles, siempre le domina el placer abominable, siempre le hierve la bestial inclinacion. No puede ver una cara hermosa, sin que la desee impuramente : no puede entrar en conversacion, sin que la ensucie con obscenidades : no puede quedar solo, sin que se deleite en mil nefandas representaciones. De lo que resulta una cadena, una abundancia de pecados que solo Dios puede calcular. Por esto en las Escrituras santas el demonio impuro se llama *Asmodeo*, que quiere decir *abundancia de pecados*.

Y en verdad : ¿qué abundancia de pecados no ocasiona la impureza ? Pecados para buscar medios de satisfacerla ; y aquí vienen los hurtos domésticos, el abandono de la familia, la disipacion de la hacienda, el empobrecimiento de la casa : pecados para seducir las personas castas y timoratas ; y aquí entran los regalos insidiosos, los billetes amatorios, las promesas fingidas, la entrega de libros impíos, de pinturas obscenas, de novelas escandalosas : pecados para encubrir el delito ; y aquí desfilan la profanacion de Sacramentos, las confesiones hipócritas, las comuniones sacrílegas, las procuraciones de abortos, la muerte de tantas infelices criaturas asesinadas antes del bautismo para que no se descubra el autor infame de su existencia. No nos cansemos mas, hijos míos, y digámoslo todo de una vez : el vicio impuro arrastra una cadena in-

finita de pecados : jóven hay que si le pudiésemos contar todos los pecados que lleva en el alma por causa de la deshonestidad, alineados á cuatro de fondo llegarían mas allá de los límites del mar.

De este número prodigioso de pecados resulta lo que los teólogos llaman *costumbre ó hábito* de pecar, el cual coloca al impuro en una grandísima dificultad de enmendarse, y en una cási necesidad de perderse. Él concibe á veces algunos deseos de convertirse ; pero llevado de la *costumbre* continúa en pecar como antes : él en ciertos momentos aborrece su infame vicio, lo detesta, lo maldice ; pero el mal *hábito* no le deja desprenderse de él : él llega á fastidiarse de sí mismo, suspira, llora, confiesa ; pero á pocos dias de confesado, tal vez á pocas horas, repite lo mismo que acaba de confesar. Esta fatal experiencia de su miseria le quita toda esperanza de enmendarse jamás ; y medio desesperado dice para sí : ¿de qué me sirve arrepentirme, si nunca persevero ? ¿qué me aprovecha confesarme, si siempre vuelvo á lo mismo ? Este es pleito perdido, de consiguiente vamos viviendo así ; y ya que hemos de condenarnos, condenémonos saciados de placeres.

Héos pues, fieles míos, el horrible término á que conduce aquel vicio que el mundo llama pasión natural, flaqueza perdonable, pecado frívolo. Yo no concederé jamás al impuro que su mal sea sin remedio, no. Siempre que él quiera sinceramente sujetarse á la curación ; siempre que se decida á hacer una confesion buena, á entregarse á un caritativo director, á dejar las ocasiones, á frecuentar Sacramentos, á encomendarse de veras á Dios y á su santísima Madre, reconocerá que su mal no es incurable. El punto está en que quiera hacerlo : la dificultad consiste en que quiera sujetarse á estos remedios indispensables...

Lo que importa es prevenir el mal antes de contraerle. Y así si vosotros, ó mis amados jóvenes, manteneis todavía cándido el hermoso lirio de la pureza, de veras os encargo procureis guardarlo bien. Encomendaos de corazón á María santísima, amable protectora de la castidad : dejaos ver á menudo en el confesonario : frecuentad la sagrada Comunión : apartad con cuidado toda ocasión y peligro : mortificad los sentidos : pelead con la carne y sus pasiones, y en el cielo recibiréis la palma de vuestros triunfos. Amen.

PLÁTICA XIII.

EL POR QUÉ DEL NACIMIENTO DE JESÚS.—REMEDIOS PARA LA LASCIVIA.

Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri erudiens nos, ut abnegantes sæcularia desideria, sobriè vivamus in hoc sæculo. (*Tit. 11, 11, 12*).

Con la explicación de la Encarnación y nacimiento de Jesucristo parece quedaba dicho cuanto hay que decir sobre el tercer artículo del Símbolo ; no obstante queda por explicar una doctrina á mi juicio muy necesaria, cual es el fin que se propuso el Hijo de Dios viniendo al mundo y naciendo hombre. El Símbolo apostólico nada nos dice expresamente sobre el particular ; pero bien nos lo dice el Símbolo de la Misa con aquellas palabras : *Propter nos homines et propter nostram salutem descendit de cælis, et incarnatus est de Spiritu Sancto, natus ex Maria virgine*, que quieren decir, Jesucristo bajó del cielo, se encarnó y nació de María vírgen por causa de